

EL PENSAMIENTO ÚNICO Y EL DEBATE ECONÓMICO*

Mario Rapoport

Cuando Carlos Marx y Federico Engels decían, para amedrentar a la burguesía, que un fantasma recorría el mundo, el fantasma del comunismo, refiriéndose a la nueva ideología que, según ellos, arrasaría con las viejas instituciones del capitalismo, no podían imaginar que una ideología contrapuesta ejercería una influencia dominante sobre el fin del siglo XX. Esa ideología es inseparable del proceso de globalización, que marca hoy la evolución de la economía mundial, y le sirve de fundamento teórico.

La manera en que el discurso globalizador ha logrado, en el terreno económico, la casi unanimidad de organismos internacionales y gobiernos, le ha dado un nombre: el "pensamiento único". No por singular, sino porque frente a él todas las interpretaciones alternativas (desde el mismo marxismo, que también tuvo sus ímpetus hegemónicos, hasta las distintas variantes del keynesianismo y del estado de bienestar) parecen haberse fundido como la nieve.

En verdad, ya desde la crisis de los años '30 comienzan a madurar tres líneas de pensamiento económico que desde una interpretación diferente de la crisis, propondrán también soluciones distintas para asegurar la supervivencia del sistema o para transformarlo por vías no autoritarias.

Keynes es el más influyente, y además el primero, que critica los fundamentos de la economía neoclásica y propone construir los cimientos de un nuevo edificio teórico que no se basa, como señala en su artículo "El fin del laissez faire", escrito en 1926, en los supuestos de que "los individuos poseen ... una 'libertad natural' en el ejercicio de sus actividades económicas" y de que el mundo está gobernado por "la Providencia de forma de hacer coincidir siempre el interés particular con el interés general".¹ De allí la importancia del papel del Estado, a través de políticas activas, vía incremento de la demanda, para volver a reestablecer los equilibrios perdidos en épocas de crisis y, especialmente, el pleno empleo, y retomar la senda de crecimiento. Su "Teoría General", publicada en 1936, constituye la culminación no sólo de otros estudios teóricos sino también de una serie de trabajos sobre las políticas económicas vigentes en su época, tanto en el escenario mundial como en su país, Inglaterra, que habían comenzado con la crítica del sistema económico internacional de la primera posguerra en sus "Consecuencias Económicas de la Paz de Versalles". Las ideas keynesianas fundamentarán el "estado de bienestar" que predomina en la mayoría de los países industrializados en los 30 años "gloriosos" que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

Una segunda alternativa frente a la crisis y al capitalismo liberal, la plantea un economista y antropólogo de origen húngaro, Karl Polanyi, que publica en 1944 un libro, "La Gran Transformación", que tendrá repercusión muchos años más tarde, pero que merece, por su originalidad, un lugar propio entre las líneas de pensamiento principales de su tiempo. En el modelo de Polanyi, como señalaba Fernand Braudel, el intercambio se distingue del mercado y se opone a él. La autoregulación de la vida económica por los mecanismos de mercado constituye para Polanyi una utopía y sólo la acción del Estado,

* Publicado originalmente en Mario Rapoport, *Tiempos de crisis, vientos de cambio. Argentina y el poder global*, Norma, Bs. As., 2002, pp. 112-120.

¹ John Maynard Keynes, *Essays in Persuasion*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1931.

desde la "gran transformación" que comenzó en Inglaterra a fines del siglo XVIII, ha podido imponer el uso de la moneda y de la mercancía. Si el mercado es una creación artificial, y no como señalan los neoclásicos una condición natural de la vida económica, puede existir una solución socialista para superar las contradicciones del capitalismo. Es preciso notar que Polanyi, aunque inspirado en el marxismo, se aparta fundamentalmente de él; Marx comienza con el análisis de la mercancía y del intercambio para fundamentar su teoría del valor mientras que Polanyi tiene una concepción antropológica que lo conduce a proponer otros modos de regulación diferentes a los del mercado. No es suficiente con "dar vuelta la sociedad", sino que hay que incorporar al cambio social una cuestión moral para que no se convierta en un simple autoritarismo.

La tercera alternativa que va a plantearse, también como consecuencia del análisis crítico de los años del período entreguerras y de la gran depresión, es la del economista austriaco, Friedrich Von Hayek. Tempranamente, en su libro "Precio y Producción", Von Hayek crítica las ideas expuestas por Keynes en su "Tratado sobre la Moneda" de 1930. A diferencia de Keynes, Von Hayek es un liberal convencido que no considera que las causas de la crisis se debieron a fallas en el funcionamiento de las leyes del mercado y que, por el contrario, el advenimiento del fascismo y del nazismo y de los socialismos autoritarios tiene su origen en la intervención del Estado. En 1944, en su libro más importante, "La ruta de la servidumbre", expondrá las tesis principales del liberalismo moderno, que luego son retomadas por otros economistas como Milton Friedman y sus colegas de Chicago. Para Von Hayek el socialismo y la libertad son incompatibles y el papel del Estado en un sistema capitalista debe permanecer limitado. Para mantener una sociedad libre sólo la parte del derecho que consiste en reglas de "justa conducta" (es decir esencialmente el derecho privado y penal) debería ser obligatoria para los ciudadanos e impuesta a todos. Es la tesis ultraliberal, basada en la descentralización y la desregulación total de la actividad económica, que entiende, incluso, que la libertad individual no depende de la democracia política y que ser libre, es, por el contrario, no estar sujeto, salvo en el caso de los derechos señalados, a la injerencia del Estado.

Son las ideas de Von Hayek, matizadas, sin duda, por sus discípulos, las que constituyen hoy la base del neoliberalismo, doctrina que parece tener un dominio excluyente en el pensamiento económico moderno. El propio Von Hayek, defensor a ultranza de la libertad, estaría preocupado, si viviera, por este "monopolio" del pensamiento, bien lejos de sus propias inquietudes filosóficas.

Las razones históricas que dieron lugar al predominio de estas ideas son por todos conocidas. En primer lugar, la crisis del dólar, a principio de los años '70, acompañada bien pronto por la crisis del petróleo, significó en los países desarrollados el fin del "boom" de la posguerra, y la aparición de políticos como Reagan y Margaret Thatcher, que desregularizaron la economía de sus países y estabilizaron sus monedas. La crisis de la deuda de los años 80, creó, por otro lado, nuevas reglas de juego y de funcionamiento en los mercados financieros internacionales.

Los cambios en la producción resultantes del pasaje a un modelo posfordista vinculado al prodigioso desarrollo del Japón y luego de los "tigres asiáticos"; la transnacionalización de la economías y el peso creciente de las empresas multinacionales; la reafirmación del libre comercio, con las últimas rondas del GATT y la creación de la OMC; y sobre todo la desintegración del bloque soviético, que puso fin a la guerra fría; fueron los otros ingredientes de una notable transformación de la economía mundial, que iba a la par con el cambio en los paradigmas teóricos y en los esquemas ideológicos.

El repliegue económico que se produce en la década de 1970 es, por otra parte, un punto de inflexión de uno de los llamados “ciclos largos” característicos de la historia del capitalismo. El sistema entra en una nueva etapa recesiva con caída de la rentabilidad en los sectores productivos, acumulación de capitales líquidos, inflación generalizada y desaceleración de las tasas de crecimiento. Pero esta vez no son las teorías neoclásicas las que se ponen en cuestionamiento, como en los años ‘30, sino los paradigmas keynesianos o nekeynesianos, considerados los principales responsables intelectuales de la crisis.

El cambio en las ideas, acompaña, en realidad, una nueva revolución tecnológica, que le sirve de sustentación: la revolución informática y de las comunicaciones. Si la primera revolución industrial reemplazó el músculo por la máquina, ahora se plantea el reemplazo del cerebro por la computadora, por lo menos para un número importante de funciones. La revolución en las comunicaciones constituye, a su vez, el segundo elemento clave para explicar el cambio en la economía y en las ideas económicas. Su principal característica, la instantaneidad de la información, incorpora el “tiempo real” que hace posible la intensificación explosiva de los flujos económicos y financieros en todo el globo.

El escenario estaba preparado para la aparición, en revistas vinculadas al mundo de los negocios o de la administración, como la *Harvard Business Review*, o autores como el consultor japonés Kenichi Ohmae, de la popularización del concepto de globalización, que se extiende luego a economistas e historiadores, a fin de explicar la conformación de mercados globales (financieros, productivos, comerciales y de servicios) y el advenimiento de un “mundo sin fronteras”. Francis Fukuyama, con su teoría del “fin de la historia” contribuye, por su parte, a restar historicidad al nuevo período, que no sería uno más sino el último en la trayectoria del capitalismo pero no, por supuesto, en la acepción que le daba Marx como preludeo del socialismo. La historia carece a partir de ahora de sentido, porque el sistema no tiene ya contradicciones que lo puedan llevar a su disolución.

Pero el cambio en las ideas no pudo producirse sin la caída del “socialismo real”, que, como señala Krugman, no sólo ayudó a “desacreditar las políticas estatistas” en todo el mundo, sino también a asegurar a “los inversores que sus activos en los países en desarrollo no serían expropiados por los gobiernos de izquierda”. El nuevo punto de vista que aparece, apoyado por una constelación de actores nacionales e internacionales, entre los que se destacan instituciones y redes de líderes de opinión vinculados al capital mundial (FMI, Banco Mundial, bancos de inversión, empresas multinacionales) fue conocido como el “Consenso de Washington”, término que acuñó el economista John Williamson.² Los diez puntos expresados a través de este “consenso de ideas” que deberían presidir, a partir de allí, las políticas económicas de la economía global (y de las economías nacionales incluidas en ella) tienen como eje el control del gasto público y la disciplina fiscal, la liberalización del comercio y del sistema financiero, el fomento de la inversión extranjera, la privatización de las empresas públicas, y la desregulación y reforma del Estado.

Los Estados deben limitarse a fijar el marco que permita el libre juego de las fuerzas del mercado pues sólo éste puede repartir de la mejor manera posible los recursos productivos, las inversiones y el trabajo. La economía de bienestar desaparece y el individuo vuelve a ser así enteramente responsable de su propia suerte. El “homo economicus” resurge con toda su fuerza y la economía pasa a tener primacía sobre lo político. El nuevo orden económico tendrá, por supuesto, sus ganadores y sus perdedores, resultante del tipo de vinculación de cada uno con el mercado y con los valores principales

² Paul Krugman, "Dutch tulipes and emergents markets" en *Foreign Affairs*, vol. 74, julio-agosto de 1995.

que lo regulan; la rentabilidad, el libre cambio, la productividad, la competitividad y la flexibilidad del trabajo.

Numerosas instituciones, en diversos países, pero sobre todo en Estados Unidos, garantizan la difusión de estas ideas. Organismos económicos internacionales, a través de sus informes anuales o de sus asesores, o fundaciones de grandes empresas, que financian universidades y cátedras de economía y administración, ayudan a conformar el nuevo credo. Va diseñándose lo que algunos terminarán por denominar “el pensamiento único”.

El politólogo francés Ignacio Ramonet, definirá las cuatro características principales de este pensamiento: es planetario, permanente, inmediato e inmaterial. Planetario, porque abarca todo el globo. Permanente, porque se supone inmutable, sin posibilidades de ser cuestionado o cambiado. Inmediato, porque responde a las condiciones de instantaneidad del “tiempo real”. Inmaterial, porque se refiere a una economía y a una sociedad virtual, la del mundo informático. Características que “recuerdan -según Ramonet- los cuatro principales atributos de dios mismo. Y, de hecho, se erige en una nueva divinidad, exigiendo sumisión, fe, culto y nuevas liturgias”. El modelo central del nuevo pensamiento son los mercados financieros, que no tienen más como marco teórico de referencia, como en el caso de la economía productiva, las ciencias físicas o naturales o la química orgánica, sino la teoría de los juegos y del caos y la matemática borrosa. El núcleo duro del “pensamiento único” es la mercantilización acelerada de palabras y de cosas, de cuerpos y de espíritus.³

El nuevo discurso dominante se desentiende de sus consecuencias. El desempleo, la desigualdad de ingresos, la pobreza y aún las diferencias en la educación y el nivel de conocimientos; contrapartida de la fuerte acumulación de riquezas que se genera en el más reducido polo de los ganadores; no constituyen una carga social ni deben ser atemperados por políticas del Estado sino en última instancia. Es el propio sistema, generando -según los defensores del “pensamiento único”- una supuesta igualdad de oportunidades a través del crecimiento acelerado de la economías, el que brindará la solución a largo plazo mientras que, en lo inmediato, recae en la sociedad civil, a través de la acción privada y de instituciones no gubernamentales de distinto tipo, la responsabilidad de hacerse cargo de los excluidos del sistema.

Pero nada nos garantiza realmente que esto ocurrirá. Por un lado, se reiteran las crisis en los mercados financieros (la de 1987, la del “tequila” mexicano, la actual del sudeste asiático) mostrando una creciente inestabilidad del sistema, que no termina de revertir la fase recesiva del “ciclo largo” iniciada en los años 70, y revelando la incapacidad del “pensamiento único”, cuya confianza en las leyes del mercado parece inamovible, para ofrecer herramientas adecuadas a fin de superarla. Por otro lado, la “sociedad global” profundiza la brecha entre las “islas” de riqueza y de pobreza diseminadas en todo el mundo, y ya no sólo por la división geográfica entre el “norte” rico y el “sur” empobrecido. Entretanto, la economía productiva es dominada por los mercados financieros y la política por la economía, mientras que la difusión del “pensamiento único” a través de los medios de información aumenta su influencia en todos los aspectos de la vida económica, política, social y cultural.

La historia nos revela que el “Estado absoluto”, ya sea en la forma del “socialismo real” o de las distintas variantes del fascismo, no sólo no resultó una solución para los problemas de la sociedad moderna sino que se transformó en una verdadera pesadilla. Pero

³ Ignacio Ramonet, *Géopolitique du chaos*, Galilée, París, 1997, capítulo IV.

el paradigma del mercado, y la ideología que lo sustenta, puede generar otras fuentes, igualmente injustas, de opresión y desigualdad. Como señala William Hutton, la idea de que “no podemos escoger, que estamos predestinados a ser como somos” y que la “única eficiencia posible a nuestro alcance es la que nos brinda la asignación de recursos del mercado”, constituye la doctrina “más insidiosa” de nuestra época⁴. Porque democracia y mercado no son términos intercambiables y si la vigencia de la primera debe sacrificarse a la persistencia del segundo, es decir, si los ciudadanos no pueden intervenir en el dominio de una economía cada vez mas desconectada de lo social y a la que se le niega la posibilidad de utilizar los instrumentos de política necesarios para corregir los desequilibrios que el mercado por si mismo no puede solucionar, la sociedad civil deja de tener sentido y se corre el riesgo de que otras aventuras totalitarias se levanten, como en los años 30, por sobre sus cenizas. Es posible que, sólo entonces, por la fuerza de las circunstancias, nuevos Keynes, Polanyis o Von Hayek retomen el rumbo de una discusión perdida.

⁴ William Hutton, The State to Come, Londres, 1997.